



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 4.

MADRID, 28 DE FEBRERO DE 1858.

AÑO II.

LA FE. (1)

—Habla, esposa leal, habla al corazón de tu marido: esas miradas tuyas me están diciendo que al fin crees.

—La has herido en lo mas vivo, Sebastian: ¿no sabes acaso que está muda?

Sebastian despues de una corta oracion hizo con su mano derecha la señal de la cruz sobre la boca de Zoé y la dijo:

—Habla Zoé: ¿crees?

—Creo en el señor Jesucristo, replicó la muda con voz clara y firme y cayó á los piés de Sebastian.

(El cardenal Wiseman.—Fabiola.)

I.

¿hay alguna cosa que disculpe en la mujer el atrevimiento de escribir para el público, es seguramente la buena intencion conque debe hacerlo.

Y no creais, lectores míos, que yo considero una culpa en mi sexo el dedicarse á las tareas literarias: si abrigase esta persuasión no escribiría yo, porque sobre la gloria que con mi pluma pudiese alcanzar está mi ambicion de otro renombre; el de *mujer buena*. Vale mas, á mi modo de ver, llevar la frente erguida, aunque desnuda de coronas, que inclinada con sonrojo aunque ceñida de laureles, pues si bien los espíritus débiles creerian que el peso de la gloria la doblaba cubriéndola de púrpura, la voz de la conciencia, siempre fuerte, me gritaria sin cesar y me robaria el sueño y el sosiego.



Así, pues, la mujer necesita escribir guiada por una buena intencion, no para *disculpar* una falta, sino para

(1) Este artículo y los otros dos que seguirán dedicados á la *Esperanza* y la *Caridad*, están en parte tomados de la *Galería crítico-satírico-moral de Vicios y Virtudes*, que á la sazón escribe la autora.

escusar un atrevimiento: que tal considero el esponer al público, casi siempre exigente, los sentimientos del alma.

Yo soy la primera en conceder que la mujer debe concretar su talento y su poesía al cuidado de su casa y al embellecimiento de la existencia de su esposo y de sus hijos; pero si entre ellas nace alguna con tan rico caudal de imaginacion y actividad que le sobre aun, despues de emplear el que requiere el cumplimiento de sus deberes; si su corazón, demasiado ardiente, ó su cabeza, demasiado volcánica, ó su juventud, demasiado solitaria, necesitan mayor pasto que la generalidad, ¿por qué ha de privársela de un desahogo ó distraccion que á nadie ofende y que puede enseñar algo, ó servir de algun consuelo á las demás mujeres?

Y no creais tampoco que la palabra *enseñar* encierra gigantescas y ridículas pretensiones; que muy provechosas lecciones puede dar una mujer, sin mas que tener corazón, á aquellas criaturas que le tienen dormido por su naturaleza, desgarrado por la desgracia, ó endurecido por el desengaño: yo aspiro á probar si sé enseñar á creer en este artículo; porque el creer es uno de los mayores beneficios de la vida.

Y, no obstante, para enseñar á creer se requiere únicamente tener fe; esa fe que tiene por morada una alma tierna y un corazón sano, únicas cosas que yo poseo; porque habeis de saber que yo nada sé; nada, ni aun el idioma de *allende* el Pirineo; ni aun aparentar siquiera la instruccion que no poseo ni quiero poseer: nací cantando como los pájaros: aprendí á leer antes que á hablar; aprendí á escribir por instinto, y aburrí á todos los maestros que me dieron porque yo nunca he querido saber nada.

Mi preceptor ha sido Dios; mi maestra su Madre; mi aya la naturaleza; mi pasante el corazón; mi consejero la conciencia; mi único libro la virtud.

Nunca hago cosa alguna que me fatigue; pero todo lo bueno me agrada: la pluma me es muy ligera; tan ligera como la aguja; cuando manejo la primera, canta mi corazón y ella es su eco fiel: cuando manejo la segunda, canta mi boca y mi corazón late contento y feliz.

Me agradan las galas, las cintas, las flores: la virtud me parece linda y adornada con gracia y coquetería.

Tengo fe en todo: en el cariño de mi esposo y de mi familia; en la amistad de mis amigos; en la indulgencia del público, hasta en la probidad de mis editores. Por eso no padezco, y la pureza de mis creencias no debe equivocarse con el egoísmo: yo no creo por comodidad:

mi convencimiento es ese sentimiento tan hermoso que hasta el mundo descreído apellida *buena fe*.

El mundo, á pesar de todo, es justo; porque nada es tan dulce, tan consolador, tan bello, tan bueno, á fin, como la fe.

II.

¡La Fe! ¡Bendita sea!

Esta hermosa hija del cielo me hace mucho bien para que yo no la acoja con amor en mi corazón.

Sin ella no habria en el mundo sentimiento alguno bueno ni honrado: ni aun mundo habria.

La Fe es el origen del amor de los esposos; del cariño de los hermanos; de la pasion de los amantes; de la tierna simpatía á que damos el nombre de amistad.

La Fe nos ofrece una vida de eterna ventura, y hasta alcanzarla nos da valor para sufrir las penas de este valle de lágrimas.

La Fe ha llenado de santos mártires el cielo y de santas vírgenes los conventos del mundo.

La Fe es la luz purísima que ilumina las almas; el rayo de sol que alumbrá la noche tenebrosa de la duda.

¡Oh! ¡Bendita sea la Fe!

Cuando las cuerdas de mi lira hayan perdido algo de su flébil juventud, y tengan fuerza para lanzar acordes sonoros; cuando posea la armonía vigorosa que ha menester para cubrir las infinitas voces que ahora declaman contra ella, entonces he de consagrar el mas grandioso de mis himnos á la Fe!

Entre tanto la he levantado un altar en mi corazón, y ella, agradecida, no me abandona un solo instante: la horrible duda jamás hace su presa en mí, porque huye pavorosa y aterrada á la vista de mi hermosa compañera.

Por eso creo en el amor y en la virtud.

Por eso mi alma se recrea con la vista de un rayo de sol, con oír el canto de un pájaro, con aspirar el perfume de una flor.

La Fe eterno manantial de vida, pone patente la bondad de Dios, la dulce ternura de su madre y regocija al corazón que late tranquilo y sin remordimientos alejando de él las zozobras y temores.

Si alguna maldad hiere mis ojos, la Fe estiende delante de mi asombrada vista sus blancas alas y me sonríe dulce y apacible para que no penetre en mi alma la amargura del primer desengaño.

Ella sabe que el primero trae en pos de sí el desaliento y la desgracia!

III.

He aquí lo que dice Eugenio Pelletan en su *Profesion de Fe del siglo XIX*.

«El hombre necesita creer porque ha nacido inteligente; creer, es el medio de ser para su espíritu: su espíritu vive únicamente creyendo, y además, porque habiendo nacido libre, tiene, en virtud de esta libertad, una parte de acción en su destino. Debe, pues, conocer, aunque sea en parte, ese destino para arreglar á él su conducta. De aquí la necesidad de una creencia. ¿Quién eres? ¿Por qué existes? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? He aquí el enigma que, desde Job á Prometeo, y desde Prometeo hasta Fausto, la humanidad está continuamente resolviendo.»

«¿Pero qué garantía tiene el hombre de poder encontrar su solución? Una sola, podemos responder, y le basta: el deseo que tiene de hallarla. El afán de buscar no es en nuestra alma mas que la anticipación de la verdad. La soberana armonía no se engaña á sí misma: no ha dado la aspiración á nuestra alma como el cebo de un engaño. Por todas partes donde ha puesto la sed, ha puesto al lado la fuente. ¿Quién puede admitir un momento que Dios señala la verdad al presentimiento para esconderla á la razón? Entonces no sería Dios, sería su propio mentir. Habría encendido en nosotros un deseo que sería un suplicio: hubiera hecho de nuestro mas sublime instinto un infierno. Semejante hipótesis es impía, no merece ni aun la refutación. Decirla es refutarla.»

Vosotros, los que afectais no creer en nada, para correr desenfrenados de extravío en extravío: vosotros los que no queréis digne alguno para vuestras pasiones: vosotros, seréis á quienes el mundo llama con su culto lenguaje *despreocupados*, no podéis menos de convenir en el fondo de vuestra alma, en que Eugenio Pelletan tiene razón, porque todos vosotros, hastiados de los vacíos goces de la vida, habéis buscado un *mas allá* en vuestro destino: ¿qué os ha contestado entonces vuestra razón oscurecida por las nieblas de los goces materiales? ¿qué os ha respondido vuestra conciencia, ese juez invisible, pero rígido y severo?

Es bien seguro que vuestra razón deprimida, y vuestra fuerte conciencia, han batallado encarnizadas en el fondo mismo de vuestras almas; mas si ha quedado la victoria por la primera; si esa razón estroviada os ha dicho que no hay nada mas allá de este mundo, ¿qué os queda? ¿sois acaso felices con los goces que él os proporciona? La grandeza de vuestro espíritu ¿no se abate hasta desear la muerte y el *no ser*? ¿No teme entonces vuestro cuerpo el entrar en la tumba para volverse polvo? ¿No se empeña otra lucha nueva entre el espíritu y la materia; aquel anhelando dejar un mundo donde no cabe, esta aferrándose á un mundo que la halaga mas que la nada del sepulcro?

¡Desdichados, que no tenéis fe! Vuestra breve y emponzoñada existencia solo puede ser una cadena de dolores! ¿Quién os consuela cuando la muerte os arrebató el padre, la esposa ó el hijo? ¿A dónde volvéis los ojos turbios de dolor? ¿A los que quedan? ¡Ay! ¡Esos han de morir también! ¿A sus sepulcros? Sus losas nada os dirán: ¡solo guardan elocuentes frases para los ojos del alma! Los que creen en su inmortalidad acuden á postarse ante las tumbas y ven en el rayo de sol ó de luna, que va á quebrarse en ellas, el alma que amaron y que ha descendido del cielo para que consuele la suya!

IV.

La Fe tiene tiernas supersticiones que consuelan: las flores que brotan en la sepultura de un niño despiden para su madre un reflejo de la risa de aquella criatura á quien tanto amó! En su perfume cree aspirar el hábito del ser que voló desde su regazo al cielo; cree ver en su blancura la imagen de la frente purísima en que tantas veces apoyó sus labios, y el murmullo de los cipreses del cementerio es, á sus oídos, la voz de su hijo que canta dulcemente en su tumba!

El amor es la poesía de la religión: la Fe es su beneficio: los pueblos mas poéticos son los que mas fe tienen: ved á los musulmanes adorando á *Alá*; á los indios llamando al *Grande Espíritu*; ved á las jóvenes del Misisipi colgando entre las ramas de los almendros en flor, las cunas en que yacen los cadáveres de sus hijos porque dicen que sus almas suben al cielo entre el aroma de las flores.

No quisiera hablar aquí de la bárbara idolatría romana tan exhausta de poesía y suavidad; pero tampoco me decido á no dar á conocer que los mas crueles perseguidores de los cristianos, Diocleciano, Galerio y Maximiano Hercúleo, tenían fe en sus dioses, fe idólatra y fanática pero grande y poderosa, pues alcanzaba á abogar todos los instintos del hombre, todas sus afecciones: nadie ignora que se vieron prefectos y emperadores que sacrificaron á su fe, hasta sus propios hijos.

¿A qué deidad sacrificais vosotros, ateos de nuestro siglo? ¿A quién rendís culto? Los persas que adoraban á un elefante y le servían de rodillas, son para mí mas comprensibles que vosotros. Los druidas que consagraban sus vírgenes al culto de la luna son mas simpáticos á mi corazón: las legiones romanas que tremolaban los

estandartes de Marte y de Belona son mas valerosas; los gentiles que atribuían á Orfeo una lira divina, á Diana un amor contemplativo y melancólico, á Júpiter una justicia inmutable y que esperaban en los Campos Elíseos, tienen para mí un espíritu mas elevado que vosotros; porque vosotros nada creéis, y por consiguiente nada esperais: abominando del mundo, no queréis dejarle porque nada veis mas allá que os compense los mezquinos placeres que os ofrece; gastais prematuramente el cuerpo en los desórdenes y no veis escrita en la celeste techumbre esa bendita palabra que el Eterno escribe con estrellas: ¡GLORIA!

Es indudable que teneis una alma puesto que vuestro cuerpo está animado: es forzoso que el alma busque una creencia como dice Pelletan; no rechazais esa sed de encontrarla: ¡ah! ¡no la rechazais! Hay un ser, mas grande que vosotros, que os dió la vida, que os la quitará, que os ha dado hijos, padres, amor y afectos; pues bien, ese ser se llama Dios, y puesto que en su bondad os hizo conocer la dicha, no creais su generosidad tan falsa suponiendo que os la da como un incomprendible meteoro: el que dotó de alma al hombre; el que puso en ella instintos de gloria y de ambición; el que formó su corazón para el amor, es un ser cariñoso y benéfico, y este ser, todo verdad y grandeza, no debe decir en vano al hombre: ¡cree y espera en mí!

—¿Dónde están esas palabras? me preguntais: mirad al sol que os calienta con sus rayos: á la luna que os hace ver mayor belleza en el rostro de la mujer á quien amais; mirad á ese cielo que atrae á vuestra alma y la llama á sí, como llama el padre á un hijo que ve lejano: bajad despues la vista á la tierra: ¿no creéis en la fidelidad de vuestra esposa? ¿ó en la fe de vuestra amante? Si; porque de lo contrario la matariais, llevados de vuestras pasiones sin freno; pues bien, el que os dió en el corazón de esa esposa ó de esa amante un lesoro de amor y de consuelo, os ama y vela por vuestra felicidad en una región demasiado elevada para vuestros ojos.

Nunca busqueis la evidencia, vosotros, los que deseais ser felices: la evidencia no es la Fe ni aun se asemeja á ella: la evidencia, si yo supiera pintar, os la retrataria seca, anciana, angulosa, con el rostro duro y demacrado, con la boca irónica y hundida, con la vista torva y penetrante.

La Fe os la pintaria ciega aunque con los ojos muy rasgados, abatidos y hermosos: su figura seria la de una niña medrada y hermosa: su boca inocente y risueña: sus formas lozanas y redondas, con esa robustez encantadora de la adolescencia.

Si yo supiera pintar á la Fe, la amariais todos. De la Evidencia huiriais espantados.

V.

No hay mas que un escudo para los golpes del infortunio: la Fe.

Ved á la madre que pierde al hijo único que era todo su amor: vedla velar su agonía, cerrar sus ojos y depositarle en su sepulcro: la Fe le presta resignación y esperanza de encontrarle en un mundo mas dichoso para no separarse ya de él en toda la eternidad.

Ved á la hermosa jóven que encierra en un claustro los dias mas bellos de su juventud: la Fe la hace que desee otro esposo mejor que los que el mundo le ofrece.

Ved á la hermana de la caridad, ese tipo de la abnegación y del heroísmo: la Fe la sostiene en sus fatigas y en sus penosos deberes: ¿quién sino la Fe podía obligarla á sacrificar su existencia al alivio de la humanidad doliente?

No, no hay un solo sufrimiento, por hondo que sea, por incurable que parezca, que no le sane ó le endulce la Fe.

La prueba mas eficaz que tenemos de lo que alcanza la Fe; la que mas debe convencer al que no se obstina en cerrar completamente los ojos del alma á la luz que pueda disipar las tinieblas que la oscurecen, á la reflexión que basta á refrenar las pasiones que la emponzoñan; el mas sublime ejemplo de la grandeza de nuestra religión, es la constancia que los primeros mártires del cristianismo han ofrecido á los siglos venideros. Ahí teneis á Santa Inés, niña de trece años, é hija de padres gentiles convertidos por ella, que muere sonriendo degollada bárbaramente á los pies del prefecto Tértulo: ahí teneis á Santa Cecilia, doncella de diez y seis años, ciega y mendiga, que espira á la primera vuelta de las ruedas del potro, sin angustias, sin dolores, y cantando dulcemente: ahí teneis á San Pancracio, jóven de diez y ocho años, que muere en el anfiteatro de Roma al clavarse en su garganta las garras de una pantera, y que deja la vida sonriendo graciosamente al tribuno Sebastian, que pronto debe tambien seguirle en el martirio: ahí teneis al mismo Sebastian que espira oscuramente asañado, sin testigos, en el parque de Adonis: ahí teneis á la santa niña Emerenciana que muere á pedradas, mientras ora en las catacumbas: ahí teneis, en fin, á San Casiano, que rinde el postrer aliento á manos de sus discípulos en la misma escuela que regenta, y sin dejar escapar una queja, sin dejar de cantar las alabanzas del Eterno.

¿Quién sino la Fe, pudo dar tal fortaleza á los niños y á los ancianos? ¿Quién estancó el llanto de las madres?

¿Quién dió regocijo á los padres por la muerte de sus hijos?

Solo ese sagrado fanal que alumbrá los ojos del alma, para que crea en otra vida mejor: solo la Fe obra tan admirables prodigios: solo la Fe pone dulces sonrisas en los labios de los que padecen.

VI.

La Fe es tan consoladora como benéfica: ella nos hace confiar en todos cuantos nos rodean: nos hace ver en toda su grandeza el amor de los padres; nos hace creer en la fidelidad, en la nobleza, en el amor, porque la Fe está rodeada de una corte de hermosas criaturas que se llaman *creencias*: estos seres tienen alas, como los ángeles, y cuando hay algun mortal tan desgraciado que despidió á la Fe de su alma, la Fe vuela al cielo, seguida de sus aladas é inocentes compañeras.

Dios mismo, al bajar al mundo para hacerse hombre y morir por nosotros, trajo consigo á la Fe: ella curó á los tullidos, dió vista á los ciegos, habla á los mudos y alimento á los hambrientos, y aun en nuestros dias pudiéramos ver muchos milagros operados por la Fe.

La Fe está siempre entre nosotros, sin pedirnos recompensa, y á veces sin que la conozcamos: la Fe con que ama un hombre triunfa casi siempre de la inconstancia de su amada: la Fe en el estudio vence las dificultades que este ofrece á una inteligencia limitada; late en el talento; abre, al que la abriga, un porvenir mas ó menos lisonjero, mas ó menos lejano; pero siempre consolador: la Fe en la ciencia del médico cura á muchos enfermos de sus dolencias, y hasta la Fe, en los principios políticos, ha sido provechosa, pues si bien ha hecho infinitas víctimas, estas han espirado con la sonrisa en los labios, como los mártires del cristianismo, ó arrastran una vida de privaciones y destierro, pacientes y resignadas como Job.

No despidais, pues, á la Fe, y los que no la abrigueis en vuestras almas, llamadla presurosos; no podeis elegir compañera mas benéfica y generosa: yo la conozco bien; pues, como ya os he dicho, jamás me ha abandonado.

Ella ha endulzado todos los sinsabores de mi vida; ella murmura sin cesar á mi oído palabras de consuelo; va conmigo á todas partes, se reclina en mi lecho, recoge mis oraciones de mañana y noche para llevarlas á los pies de Dios; ella enjuga mi llanto con sus alas, y me oculta, extendiendo sus inocentes palmas ante mis ojos, todos los desengaños del mundo.

Siempre lleva de la mano á la Paz, que nació con ella: la negra discordia huye bramando de furor de la mansión que ambas ocupan: la desesperación no linca jamás su rabioso diente en el seno que las cobija, porque la Fe y la Paz le defienden valerosamente de sus ataques, y hasta acompañan al sepulcro al que las ama y las abriga.

Yo he rogado á Dios que, cuando me llame á sí, cierre la Fe mis ojos con el sueño eterno: le he rogado tambien que la Paz estienda sus alas sobre mi sepulcro, y há pocas noches que, en medio de un hermoso sueño, se me aparecieron la Fe y la Paz asidas de la mano, envueltas en diáfanos mantos y coronadas de estrellas, y me dijeron, de parte de Dios, que habia llegado mi súplica á los pies de su excelso trono.

¡Su infinita misericordia me asegura de que la veré cumplida!

Madrid 5 de febrero de 1858.

MARIA DEL PILAR, SINUÉS DE MARCO.

PIGNATELLI.

Grandes son los títulos que Zaragoza presenta á la consideración de la historia, así en el presente siglo, á cuyos fecundos acontecimientos se ha asociado con inmarcesibles triunfos, como en las edades mas antiguas en donde ha brillado por su valor y su cultura.

Metrópoli de una estensa comarca cuya organización política fue un modelo de sabiduría y buen sentido, y cuyas conquistas se extendieron allende los mares hasta el Asia misma; teatro del martirio religioso que con valor arrostraron aquellos innumerables creyentes, inspirados al pie del primer altar que elevó el mundo á María; asiento de la poesía brillante de los trovadores, y del lujo deslumbrador de la edad media; oficina laboriosa en donde el arte de Guttemberg, sorprendido en su mismo nacimiento, produjo multitud de curiosos libros que registra en sus anales la bibliografía; cuna feliz de esa gran miriada de repúblicas, jurisconsultos, literatos y eminentes varones de la ciencia y de la guerra, que todavía se pronuncian con respeto; baluarte de la independencia española; ciudad maravillosa en quien pusieron los ojos Augusto, Carlo-Magno y Napoleon, en quien tantas glorias pasadas se recuerdan y tan rico porvenir se adivina, en quien la naturaleza puso tantos elementos de prosperidad, y en quien la historia ha acumulado tan merecidos laureles; esa es Zaragoza.

En esa ciudad afortunada vino á suceder á tantos hombres distinguidos por su varia literatura, el ya de toda Europa conocido don Ramon Pignatelli.

Nació en 18 de abril de 1734 (1), de la ilustre cepa de los condes de Fuentes, siendo sus padres don Antonio Pignatelli, príncipe del Sacro imperio, y doña María Francisca de Moncayo, heredera de los Estados de Fuentes, Mora y Coscojuel, ambos grandes de España de primera clase; los cuales, ligados en vínculos de parentesco y amistad con algunas familias de las mas distinguidas de Italia, entre ellas el cardenal don Antonio Pignatelli, le enviaron á aquel país de las ciencias y las artes, cuando aun no contaba diez años de edad. El lucimiento con que hizo sus estudios en el colegio clementino de Roma, y las pruebas literarias á que fue sometido ante el Papa, le granjearon una reputacion extraordinaria, y le facilitaron muy pronto el premio de tan precoces disposiciones, que lo fue una canongía en la metropolitana de Zaragoza (2), cargo tanto mas honorífico para Pignatelli, cuanto que le era confiado á los diez y nueve años de su edad, y le era otorgado con las palabras mas afectuosas que permiten los documentos cancellerescos.

Igual benévola disposicion encontró Pignatelli en la universidad de Zaragoza, en donde recibió sus títulos literarios de una manera hasta entonces desconocida. Admitidos á incorporacion los cinco años de estudios canónicos que habia ganado en el colegio clementino, recibió en Zaragoza el bachillerato en 6 de febrero de 1755, siendo su padrino el catedrático de vísperas, don José Lacruz, y sus examinadores los señores Lisa y Roa. Dispensóle despues el consejo uno de los dos años que se exigian para investirse de la licenciatura, y el rector le hizo gracia del otro y de los intersticios y conclusiones de estatuto, pudiendo presentarse á los ejercicios el día 1.º de abril, en que eligiendo el primer pique, disertó de *offitio legati*: en el día siguiente fue aprobado con todas las calidades en los dos grados de licenciado y doctor (que, como es sabido, se han recibido consecutivamente y sin nuevo estudio hasta la publicacion del plan de 1845), y se verificó la votacion en público «sin que sirva de ejemplar en atencion á las distinguidas circunstancias que concurren en el examinando.»

La actividad de Pignatelli, no menos que sus conocimientos científicos y económicos, tuvieron ocasion de desplegarse desde que el rey le nombró en 1764, regidor del famoso Hospicio, conocido con el nombre de Real casa de Misericordia. Fueron allí incalculables las mejoras que llevó á cabo, el orden que introdujo en todas las dependencias, las rentas que aumentó sobre las que ya poseia el establecimiento, la transformacion que le hizo sufrir bajo su entendida direccion. Nuevos talleres, nuevas industrias, nueva educacion, y para que en todo cambiara de semblante aquel vasto edificio, hasta la parte material fue reconstruida por completo desde 1777, recibiendo la elegante y grandiosa forma con que hoy es admirada de cuantos le contemplan (3).

Prescindiendo del elogio que á nosotros nos merece esa hermosa fábrica, en donde todo corresponde á la elevacion del proyecto; prescindiendo de las demás obras arquitectónicas que á Pignatelli se deben, como la del Palacio arzobispal, modelo del buen gusto italiano (y digámoslo así) cardenalicio; dos cosas debemos señalar en lo tocante á sus trabajos sobre la casa de Misericordia: la una el pensamiento civilizador de abrir escuelas para formar la inteligencia y el corazon de aquellos seres desvalidos á quienes recoge en su pródigo amor la sociedad; la otra el pensamiento económico de alzar una plaza para la lidia de los toros, cuya obra, que produce una de las mas pingües y saneadas rentas á la casa, se empezó en los últimos días de junio de 1764, y se terminó antes del 8 de setiembre del mismo año, en cuyo día se inauguró con una funcion apropiada á su destino.

Tambien le debió señalados favores la escuela de pintura, que ya gozaba entonces de cierto crédito, y que hasta cierto punto ya habia fundado lo que en un trabajo moderno se ha venido á llamar *escuela aragonesa*, y como Pignatelli tuviese un gusto exquisito en todas las bellas artes, y su casa hubiese sido el asilo de ellas, así como un su hermano su Mecenas, pareció muy oportuno el nombramiento que en él se hizo (1774) de presidente de la junta preparatoria para la creacion de la Academia, hoy floreciente, de San Luis, la cual no se inauguró en verdad hasta 1793, si bien los estudios se abrieron el año 1778 en casa del conde de Fuentes, y el año 1784 en la famosa de la infanta, notable por su bellissimo patio ejecutado en 1550.

Otro de los cargos que ejerció con gran provecho del país, desde el año 1776, fue el de censor perpetuo de la *Sociedad económica*, y para quien conocea la importancia con que nacieron aquellas corporaciones, á quienes se debe todo el progreso industrial y aun político que de las mas adelantadas naciones recibió no sin contradiccion nuestro país, ese cargo será una prueba mas del espíritu civilizador y filantrópico que distinguia á Pignatelli.

La universidad literaria le tuvo á su frente como rector por espacio de cinco años, que fueron los académicos

de 1762 á 63, de 1782 á 84, y de 1791 á 93, acerca de lo cual nos dilataremos algun tanto por lo mismo de andar en ello muy diminutos ó inexactos los biógrafos de Pignatelli.

El cargo de rector era ya conocido con el nombre de maestro mayor en 1477, y despues en 1653 adoptó el que hoy conserva todavía; pero la provision de ese empleo padeció algunas alteraciones, pues hacia 1671 el rector saliente presentaba una terna á los consiliarios y estos la sometian á una junta de dos compromisarios por facultad; en 1676 los candidatos se sacaban de las dignidades y canónigos de la iglesia metropolitana, lo cual continuó hasta 1835; en 1684 se estableció la costumbre de nombrar vice-rector de aquellas calidades y entrar como rector, pasado un año, que era el término de ambos cargos.

Pignatelli juró por primera vez de vice-rector el 23 de octubre de 1761, y de rector los días 18 de octubre de 1762, 1782 y 1791.

En estos diversos períodos de su rectorado, sin enumerar otros pormenores, en que tambien reveló Pignatelli la actividad y dotes de gobierno que le distinguian, se adicionaron los estatutos, se dió mayor intervencion en los negocios económicos al jefe de la escuela, se puso mas saludable rigor en la asistencia de cátedras y academias, se aumentaron las alhajas de la capilla, se sostuvieron contra la ciudad (que tenia el protectorado de la Universidad), varias cuestiones de etiqueta, las cuales no conciliadas al promedio de los años académicos de 1782 y 1783, produjeron las continuancias de Pignatelli por un año mas, no siendo posible la nueva jura sin el concurso del ayuntamiento (4).

Pero en donde cabe decir que desplegó este hombre extraordinario cuantas facultades intelectuales y morales poseia, es en la magnífica obra del canal imperial, una vez nombrado su protector en 1772. Databa el canal antiguo desde el año 1529, cuando reinaba en España el rey Carlos I, cuya memoria se conserva en el palacio de su nombre, situado sobre el lugar en que tomaba sus aguas aquella acequia de riego, que en tiempo de Pignatelli se hallaba ya inutilizada. Con la regeneracion económica iniciada en el siglo pasado despertó en España la actividad constructora y se pensó de nuevo en el canal de Carlos V, encomendándose por sus trabajos en 1768 á la compañía de Badidi, la cual habia de ejecutarlos en el espacio de ocho años: mas, si bien se comenzaron las obras en 1770 previo un empréstito que se contrató en Holanda, los ingenieros Pin y Sanchez Boort, el primero de los cuales habia dirigido el famoso canal de Langüedoc, desaprobaron absolutamente los trabajos de Krayenhoff, y esto motivó la estincion de aquella compañía, en cuyo estado se llamó á Pignatelli á quien se revistió de las mas amplias facultades para proceder en todo como se lo aconsejara su buen juicio.

La descripcion facultativa de esa obra colosal, sobre ser desproporcionada á nuestros conocimientos en la materia daria demasiada estension á este artículo, y aun le desviaría de su índole puramente biográfica; pero no pueden pasarse en silencio al mencionar esa obra gigantesca, ni la atrevida presa que fundada á muy poca distancia sobre el canal antiguo, corta verticalmente la corriente del Ebro y distrae para el canal el agua necesaria, no sin que hasta su construccion, que duró algunos años sufriese hasta sesenta avenidas; ni la hermosa y estensa fábrica que proporciona al canal el paso por el Jalon, cerca de Grisen; ni las esclusas de Casa Blanca en las cercanías de Zaragoza, en donde el desnivel es extraordinario; ni las dimensiones mismas de todo el canal que, si cada día mas angosto, era á su apertura de mayor latitud que el de Langüedoc; ni la belleza de los edificios y paseos repartidos por el Bocal, Torrero y Casa Blanca; ni la direccion, en general admirable, con que se procedió á los desmontes y perforaciones.

Las obras puede decirse que empezaron en 1772, y el día 19 de agosto de 1790 fue de mucho regocijo, porque en él se colocó definitivamente la última piedra en la presa del Bocal, comunicándose el suceso con fecha 20 al conde de Floridablanca, por cuyo conducto recibió Pignatelli una real orden en extremo lisonjera que lleva la data del 27. Tambien el pueblo premió con esa ocasion la inteligente constancia de Pignatelli por medio de varias manifestaciones, distinguiéndose entre ellas las composiciones poéticas que por entonces circularon.

Muy en breve, despues de terminada y como quiera que ya se hubiese trabajado incansablemente por todo el trayecto, las aguas descendieron magestuosamente hasta Zaragoza, *incredulorum convictioni et viatorum commodo*, segun él mismo hizo grabar en el frontispicio de una fuente construida al intento en Casa Blanca. Mas aun no satisfecha con esto la noble ambicion de Pignatelli, todavía ejecutó varios proyectos encaminados á prolongar la navegacion hasta el Océano mismo (por el puerto de Laredo), lo cual hizo presente al rey en una luminosa esposicion y al público en uno de los opúsculos debidos á su pluma, pudiendo verosimilmente

(4) Hay quien asegura que el claustro de la Universidad trató de perpetuarle en el rectorado; pero esto es sobremodo inverosímil, y aunque asegurado por un escritor contemporáneo, está desnudo de comprobantes oficiales.—El mismo autor supone falsamente que fue tres años rector, uno de ellos el de 1769.

asegurarse que, si en breve no nos le arrebatara la muerte, tal vez hubiera realizado la union de ambos mares, acudiendo á la canalizacion del Ebro, en que ya por entonces se pensaba.

Como escritor público no es lícito, en fe de verdad, citar á Pignatelli, ni parece que era esa su verdadera vocacion, como quiera que le inclinaban mas sus estudios y aun su carácter á la ejecucion de grandes obras que á las especulaciones teóricas; pero, así y todo, sus obras literarias, en que resplandece siempre el espíritu práctico del hombre filantrópico y científico, se elevan á doce, segun la descripcion bibliográfica que de ellas hace el erudito Latassa, consistiendo por lo mas en discursos, disertaciones y memorias científicas. Para la Academia de Madrid trabajó en 1778 una oracion sobre la *Escolencia de las artes*, y para la sociedad aragonesa una elocuente *Oracion* con motivo de su dignidad censoria, un *Tratado* sobre la obligacion en que todos estaban de fomentar aquellas corporaciones y un discurso sobre las *Ventajas de la navegacion del Ebro* contra las objeciones que suscitaron en 1738 los ingenieros Lana y Rodulfe. Los demás escritos se refieren todos á los canales Imperial y de Tauste, ya contestando á varios reparos, ya describiendo las obras efectuadas, ya manifestando el orden de la navegacion, ya elevando al monarca de su propia real orden la *Navegacion y plan comprensivo de la comunicacion del mar Océano en el canal imperial de Aragon*.

En cuanto á sus prendas exteriores y de carácter, Pignatelli era recio de complexion y de estatura elevada, refiriéndose de él que mandó hacer las puertas interiores del Hospicio de Misericordia á la medida de su estatura: su carácter era firme, constante y aun temoso, acerándolo todavía mas las contrariedades que le suscitaban la envidia y la ignorancia. Se cuenta de él que, no solo se espuso en las obras del canal á todo linaje de peligros, sino que trabajó á veces por sí propio con el ardor de un jornalero: tambien se dice que de tal modo aterró á los ladrones y moralizó á los trabajadores, que, colocando despues sobre los árboles y bancos de sus hermosos paseos algunos objetos de valor, nadie osó tocar ni uno solo: de boca en boca ha pasado asimismo hasta nosotros la inflexibilidad con que hizo poner la cadena á uno de sus agudos operarios que, aludiendo á ciertas muchachas muy del gusto de Pignatelli y llamadas por sobrenombre las *Chispas*, le dijo cuando le vió cerca de la fragua: «Señor, retírese V. S. que estas no son como las del Coso:» es, en fin, conocidísimo el arranque despótico en que prorumpió, punzado por los sarcasmos con que era saludada cada avenida del Ebro «cuando no de otra suerte, la presa ha de construirse con cabezas de navarros.»

En lo mas ferviente de su entusiasmo, y cuando aun se prometian tanto de su elevada capacidad las ciencias, la industria y el comercio, sobrevino á Pignatelli una muerte todavía prematura el domingo 50 de junio de 1793 á las dos de la tarde. Universal fue el dolor como lo habia sido la admiracion: grande el sentimiento como el afecto: amargas las lágrimas como eran dulces las esperanzas que, aun terminado el canal, se alimentaban.

Los honores fúnebres que á su memoria se consagran prueban con evidencia el indistinto aprecio que á todos habia merecido en vida, por su carácter personal y por su nada comun inteligencia. Durante su vida se vió investido con los diferentes cargos y honores de príncipe del Sacro Imperio, canónigo de la metropolitana de Zaragoza, rector de la Universidad, caballero pensionado de la orden de Carlos III (el mismo año de su institucion), regidor perpetuo de la casa de Misericordia, censor perpetuo de la Sociedad aragonesa, socio de la vascongada, académico de honor de la de Madrid, sumiller de cortina con ejercicio y visitador del arciprestado de Belchite, sin otros cargos honoríficos que obtuvo en comisiones del servicio público. A su muerte el conde de Sástago su sucesor pidió y obtuvo permiso para elevar un monumento á su memoria; y esto, que por entonces quedó malogrado, aunque no dejó de ser respetable la suscripcion reunida (á juzgar por la Universidad, que prometió por su parte 6,000 reales), es lo que al cabo ha de realizarse durante el presente año, si bien con mas modestas proporciones de las que tienen otros monumentos de semejante naturaleza. El que va á elevarse en la *Glorieta* fue inaugurado el día 5 de noviembre de 1857 por S. A. la serenísima duquesa de Montpensier, infanta de España, y si bien sencilla en su forma y construccion, va á soportar una estatua colosal de tres metros, que actualmente está fundiendo en París el conocido K. Durand, fundidor de artes en bronce, sobre el modelo que ha ejecutado con singular acierto el aventajado escultor don Antonio Palao, á la vista de los mejores retratos que de Pignatelli se conservan (5); no debiendo omitir nosotros por nuestra

(5) Los que hoy existen son dos al óleo de cuerpo entero y tamaño natural, el uno en la casa de Misericordia, pintado á fines del siglo anterior por don Alejandro Martínez, y el otro en las oficinas del canal, ejecutado en 1821 por don Narciso Solana; y dos grabados en cobre, el mejor de los cuales fue popularizado en 1840 por *Aurora*, periódico literario de Zaragoza: parece que hubo otro de Goya, original, segun se dice, de los dos mencionados, y desde luego uno que regaló á la Universidad don J. Martín de Goicoechea en 1795 y que fue colocado en el teatro mayor, entre otras razones por presentar al primer rector que habia fallecido en el año de su rectorado.

(1) Fue bautizado en la parroquia de San Gil.
(2) Sucedió á don Jacinto la Torre y tomó posesion en 18 de marzo de 1755.

(3) La conclusion de la obra fue posterior á la muerte de Pignatelli.

parte el mas franco elogio en favor de la diputacion provincial que de sus fondos habrá de distraer sobre unos 240,000 reales (6) para la construccion de la obra, en favor del gobernador civil en aquella sazón, don José Osorio; á cuya activa resolucion se debe en mucha parte la ejecución del trabajo, y en favor del director del canal don Jacobo González Arnáiz, que en calidad de tal y de ingeniero gefe del distrito, ha prestado al pensamiento toda su inteligente cooperacion.

Zaragoza, pues, á quien no han faltado hombres ilustres, ni gloriosas hazañas, y que ha carecido siempre de un solo monumento en que perpetuarlas á la posteridad verá alzarse en 1858 el primer monumento de sus glorias, y este monumento será consagrado al inmortal Pignatelli.

GERÓNIMO BORAÓ.

VALENCIA.

PUERTA Y TORRES DE SERRANOS.

La entrada mas grandiosa é imponente que ofrece Valencia en el ámbito de sus murallas, es sin disputa la puerta de Serranos. Precedida de su magnífico á la par que sólido puente sobre el Turia, y dando frente al N. se abre anchurosa, flanqueada de dos gigantescas torres, cuya severa arquitectura no escluye del todo la coquetería gótica, como si quisiese dulcificar al espectador la triste idea del cautiverio de que es teatro, y dorar las cadenas que se arrastran en su recinto. Las torres son cárcel pública.

Término dicha puerta de dos grandes carreteras de Cataluña y Aragon, y especialmente de la serranía de Teruel, á los habitantes de esta es deudora de su denominacion. La necesidad de ensanchar la ciudad por aquella parte, y dar un desahogo á la plétora de poblacion que se hacia sentir en su estrecho recinto desde los primeros años que siguieron á la conquista, obligó á abrir dicha puerta ya en tiempo del rey conquistador; pero las famosas torres no se comenzaron á levantar hasta el año 1349, el 4 de enero, y caminando con lentitud vinieron á terminarse el año mismo que concluyó la fábrica del Miguelete ó campanario de la catedral, es decir, en 1418. Un capricho del arquitecto quiso marcar el paso de su genio en aquella grandiosa masa con una

(6) El presupuesto primitivo fue de 6,000 duros.

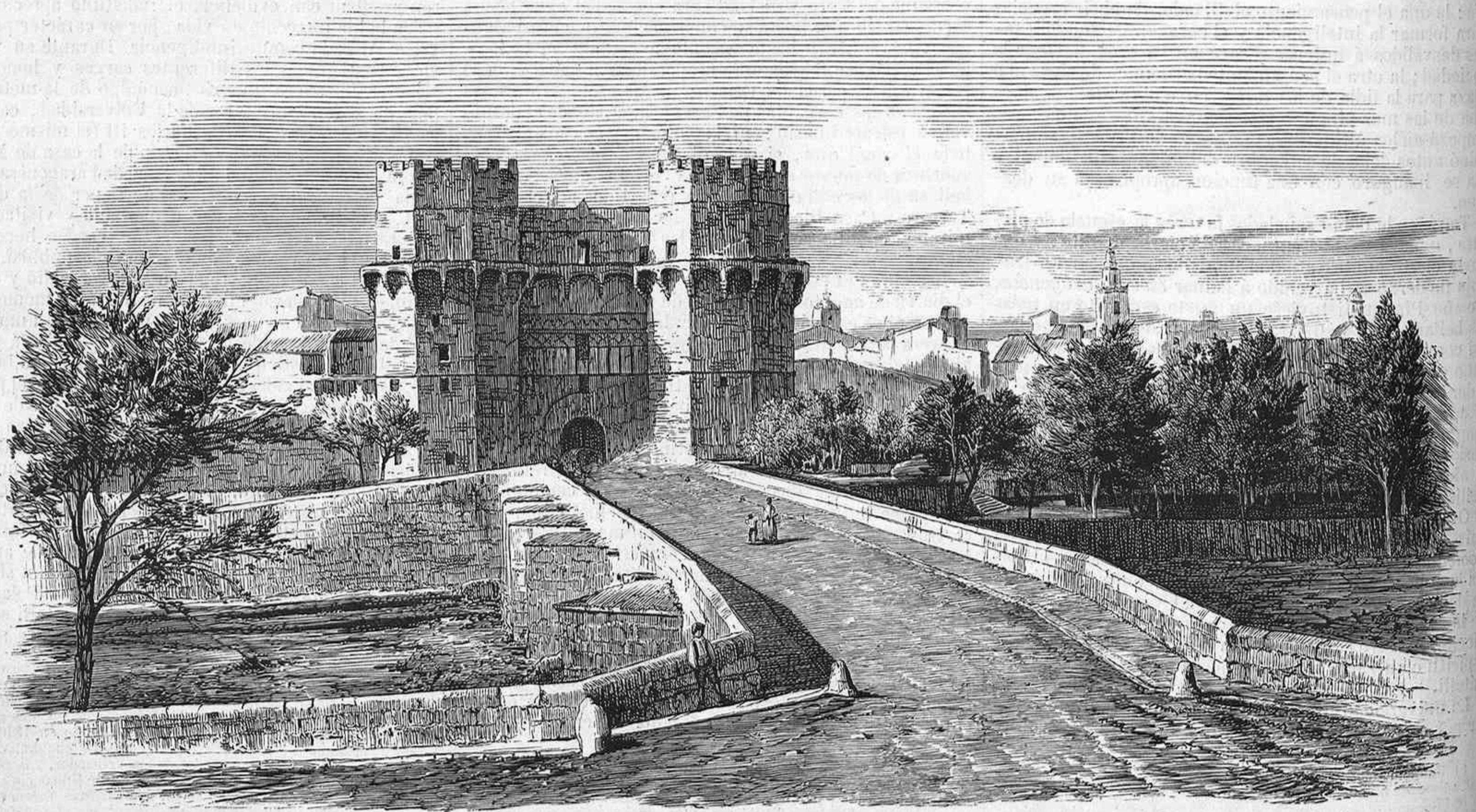


ESTATUA DE PIGNATELLI EN ZARAGOZA.

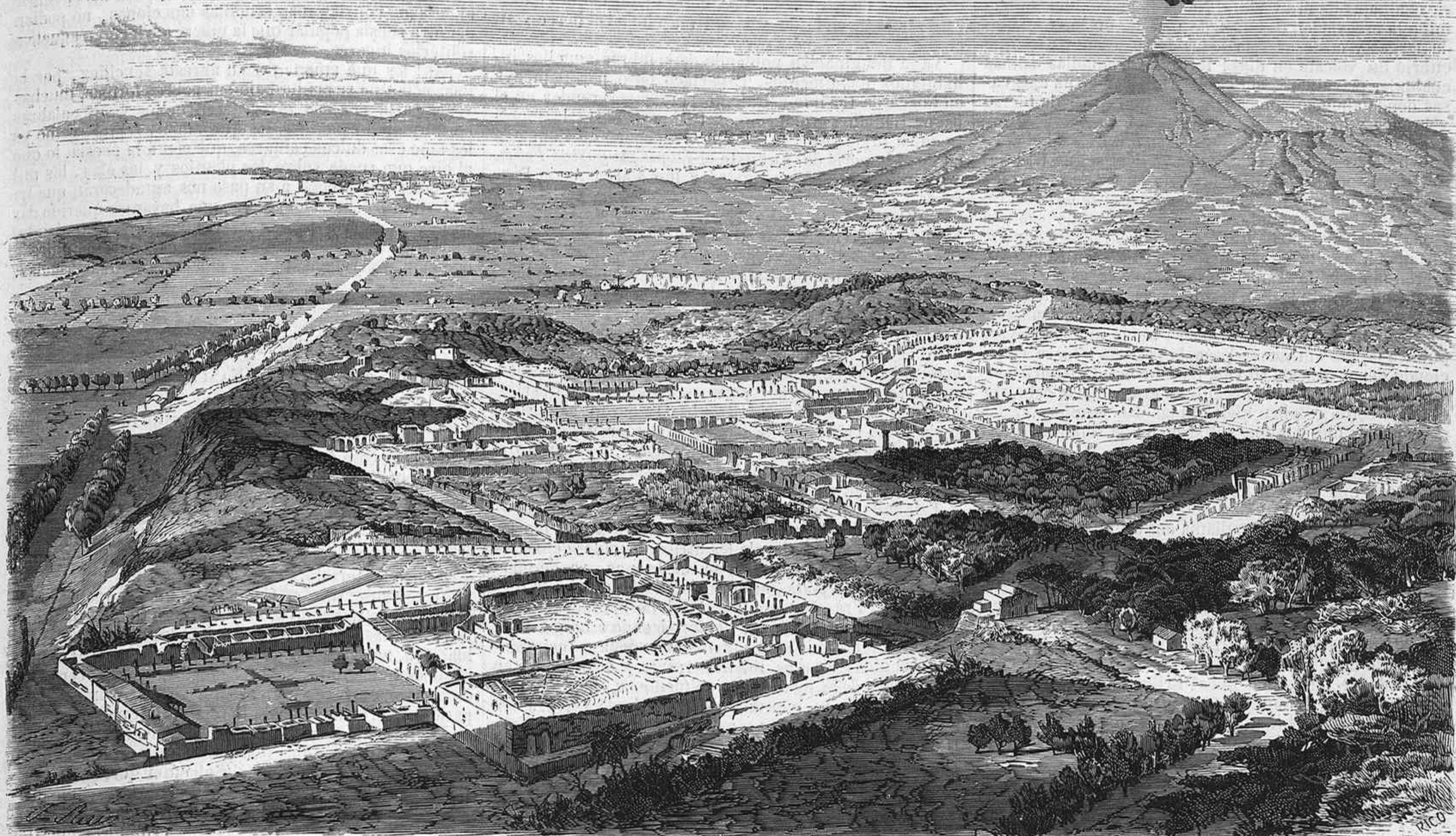
rúbrica de nueva especie, enclavando en el torreón de la izquierda al salir de la ciudad dos sillares, la mayor y la mas pequeña de toda la obra; singularidad que podrá parecer pueril; pero que bien se puede disimular al que, émulo de los titanes, supo elevar aquellas inmensas moles, y ataviarlas con una gracia que no se creyera del creador de un monumento, que solo respira grandeza y severidad.

Cada una de las torres presenta un exágono irregular, cuyos lados mayores dan á la parte interior de la ciudad. Separadas ambas por una distancia de algunos metros, únelas un cuerpo de edificio, en cuyo centro se abre la puerta. A un tercio de elevacion desde el suelo, un delicado bordon formado de una especie de eslabones, corre abrazando ambas torres y el cuerpo intermedio. Los matacanes, que en esta clase de edificios acostumbran coronar el remate, como se ve en las puertas de Cuarte y Nueva, aquí se desarrollan á dos tercios de elevacion, y sobre ellos suben aun los torreones un tercio mas, terminando en almenas. El espacio que media entre el bordon y los matacanes en el lienzo que une las torres, se halla decorado en su totalidad con delicada red de adornos góticos, donde la vista descansa agradablemente. Solo encima de la puerta se observan tres ventanas una sobre otra, colocadas con cierta regularidad. En las de las torres se consultaron sin duda las exigencias de la distribucion interior, sin contar con las del ornato y simetría. Asi es que las pocas que hay, especialmente en el torreón de la derecha, parecen colocadas á la ventura; y no dejan de chocar á vistas acostumbradas á la regularidad y armonía.

El puente de Serranos primitivo, se fabricó en 1349; pero en 1357 una avenida impetuosa lo destruyó; aunque construido de madera, descansaba sobre estribos de piedra. A pesar de existir una junta denominada de Muros y valladares, creada de muy antiguo, especialmente para la construccion de malecones y demás obras dirigidas á cortar y prevenir los daños producidos por las inundaciones del Turia, fue tal la incuria con que desempeñó su cometido, que hasta bien entrado el siglo XVI, es decir, hasta 1515, no se dió principio al que hoy existe, y que fue acabado en 1518, en el vireinato de don Alvaro de Aragon, duque de Segorbe. El puente es de cantearía y descansa sobre nueve finísimos arcos de medio punto, con sus pretiles, tajamares y escolleras. Su longitud es de 161



PUERTA Y TORRES DE SERRANOS EN VALENCIA.



RUINAS DE POMPEYA.

varas castellanas, y su latitud de $10^{\frac{1}{2}}$. Hace pocos años se levantaron aceras de losas para los peones á ambos lados del puente, las cuales se prolongan hasta tocar la puerta, atravesando la plaza ó avenida, con gran comodidad y descanso de estos, señaladamente en tiempo de lluvias. Para completar la reseña de esta notable entrada de la ciudad del Cid, añadiremos que á ambos lados se extienden dos deliciosos paseos entre la muralla y el río, el uno mas largo que llega hasta el puente y Portal Nuevo, y el otro mas corto, que alcanza hasta el puente y puerta de la Trinidad.

PASCUAL PEREZ.

POMPEYA.

A doce millas de Nápoles, al pié del Vesubio, en las deliciosas playas donde desagua el Sarno, se levantan las imponentes ruinas de Pompeya. La civilización antigua está escrita en sus piedras: las costumbres y las instituciones todas del mundo latino aparecen como reflejadas en sus dobles murallas y vastos anfiteatros, su basílica y su foro, sus casas y sus anchas vías cubiertas de sepulcros en sus márgenes.

La historia de esa ciudad se pierde en la noche de los tiempos. Fundáronla, según Strabon, los oscos, ocupáronla sucesivamente los etruscos y los pelagos, domináronla mas tarde los samnitas. Perteneció al fin á la república del Tíber; y pasó á formar parte de los pueblos que tenían en Capua su metrópoli. Fue célebre ya en la misma antigüedad; mas no por sus hazañas, sino por su comercio y riqueza.

Cayó en la guerra de los cartagineses contra los romanos bajo el poder de Anibal. Quiso en las luchas de Mario y Sila resistir á Sila, y fue vencida y saqueada. No volvió en ningún otro tiempo á descolgar sus armas. Declarada por Augusto *municipio* y por Neron *colonia*, vivió en paz á la sombra de sus magistrados, y no tardó en ser un verdadero emporio. Las olas del Mediterráneo batían entonces sus muros, numerosas naves ocupaban de continuo su puerto.

Desapareció, sin embargo en días, esa colonia famosa. Corría el año 63 de la era cristiana, cuando ya un horrible terremoto destruyó su basílica y su foro, é hizo temblar sobre sus cimientos la ciudad entera. Sus ha-

bitantes huyeron aterrados. Roma dudó sobre si debía ó no permitir la restauración de POMPEYA.

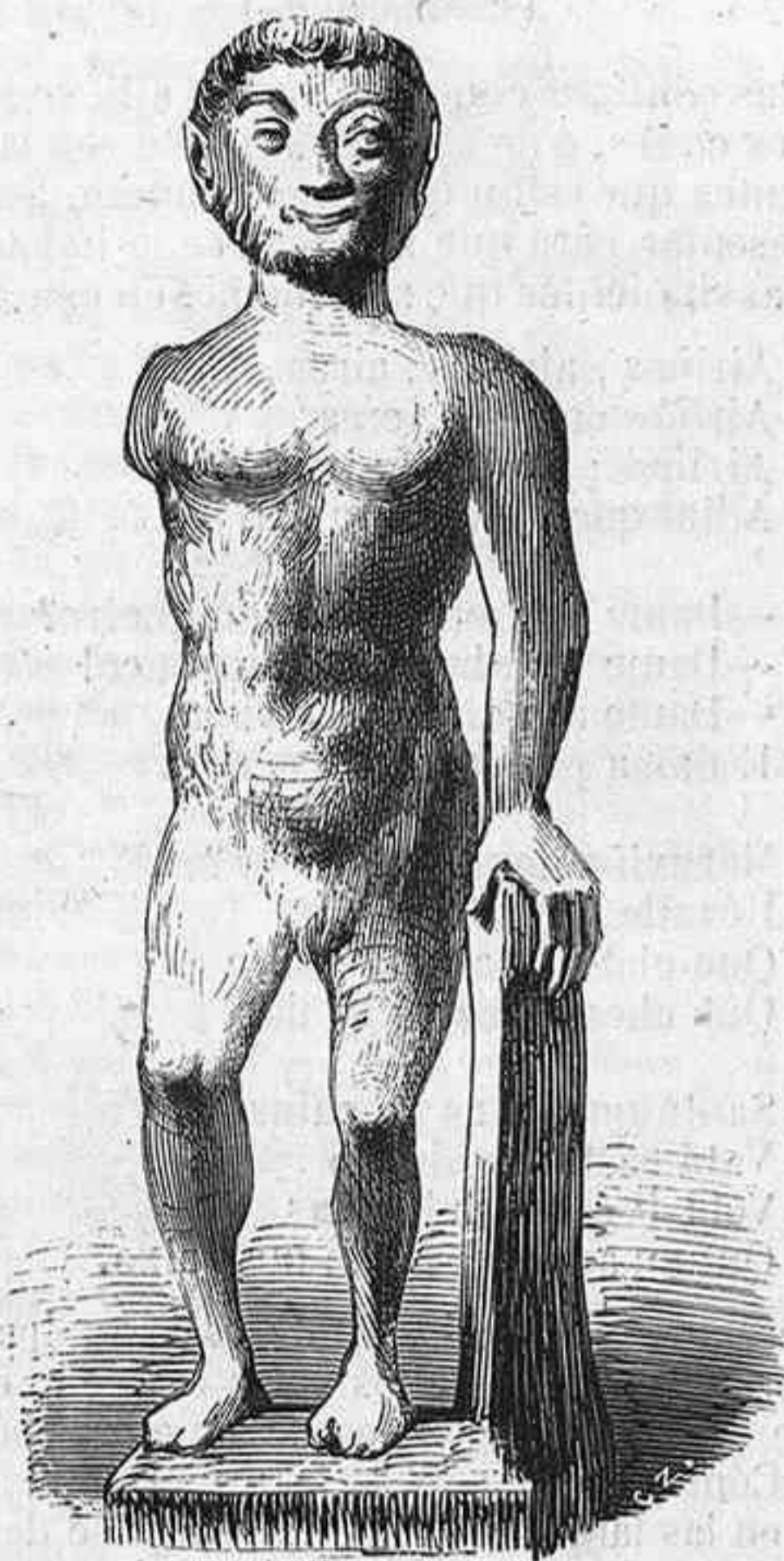
La permitió despues de largos debates en el senado: no quiso dar importancia á sus presentimientos. Para mal de los pompeyanos otorgó tan funesto permiso. Los temblores no se repitieron en algunos años: la ciudad volvió á recobrar sus moradores y á vivir sin temor arrollada por las aguas del mar y las del Sarno. Estaba completamente olvidada de su primera catástrofe, cuando un día del año 79 se inflama de repente el Vesu-

bio y en medio de torbellinos de humo y fuego vomita sobre Pompeya y las demás ciudades de sus alrededores torrentes de materias volcánicas y sacude sobre ella los fragmentos de piedra pomez que cubrían sus vertientes. Se intenta en vano la fuga. Corren los habitantes á guarecerse en el mar; mas pocos ó ninguno logran salvar la vida. Mueren unos ahogados por el humo, otros aplastados por las piedras que caen como espeso granizo sobre su cabeza. La tierra toda tiembla, el Mediterráneo, como rechazado por la tierra, retrocede con espantosos rugidos dejando cubierta de peces la playa. La luz del sol no puede vencer las densas tinieblas que cierran el horizonte.

Duró la erupción tres días, días sin duda de los mas aciagos que ha registrado la historia. Vivían en ellos los dos Plinios. Ambos, llevados del amor á la ciencia, quisieron ver por sus ojos tan raro y tremendo espectáculo, y fue el uno víctima de su buen celo, hallóse el otro en grave riesgo de perder la vida. Murió el mayor al dejar Stabia arrollado por un turbión de fuego y azufre; creyó el otro morir en la campiña de Mesina, donde envuelto el pueblo en la oscuridad mas profunda y sofocado por la ceniza y el humo, se despedían tiernamente unos de otros y ya invocaban, ya maldecían á los dioses. No necesitamos hoy apelar á la imaginación para trasladarnos á tan apartadas y lúgubres escenas; en las cartas de ese mismo Plinio vienen reproducidas con colores que buscaríamos inútilmente en nuestra fantasía.

Quedó Pompeya enteramente sepultada bajo la ceniza y la piedra pomez del Vesubio. Llegóse á perder con el tiempo hasta el recuerdo del lugar en que había florecido por tantos siglos. ¡Qué de pueblos han pasado despues con la mayor indiferencia sobre su ignorado sepulcro! Nada menos que por espacio de mil seiscientos sesenta y nueve años ha permanecido la ciudad en las entrañas de la tierra. Sus edificios estaban no destruidos sino soterrados: ni aun en los primeros siglos de su desgracia se acordó nadie de ir á sacarlos á la luz del día. Parecería suelo de maldición aquel suelo: ¿ni cómo había de dejar de parecerlo si en el siglo II fue á establecerse en él un pueblo que tomó el nombre de la ciudad y doscientos años despues tuvo la misma suerte?

No se empezó á sospechar la existencia de Pompeya hasta el año 1748. Unos labradores que estaban trabajando en una viña á las orillas del Sarno, encontraron algunos objetos, para ellos desconocidos, que revelaban



HÉRCULES IBÉRICO.

Idolo encontrado en Ampurias; tamaño del original de bronce.

la mano de siglos remotos. Sabedor del hecho el rey de Nápoles, mandó hacer escavaciones, que en aquel mismo año dieron por resultado el descubrimiento del anfiteatro y el de muchas lápidas en que se leía clara y distintamente el nombre de Pompeya. Calles enteras fueron luego apareciendo bajo la azada de los escavadores: puertas, fuentes, teatros, templos, casas de hombres que han dejado grande huella en la historia, estatuas, bustos, hermas, muebles, pinturas, monedas, ricas alhajas de oro y plata. No ha llegado aun á su término la escavacion despues de mas de un siglo: ¡qué de largos y costosos sacrificios para descubrir lo que cubrió un volcan en dias! Hoy visita aquellas ruinas cualquier príncipe, y se desentierran aun á sus ojos casas donde abundan alhajas de oro, utensilios de hierro y bronce y hasta madera y pan carbonizados.

Escitó naturalmente un entusiasmo universal el descubrimiento de Pompeya. Hacia ya tiempo que trabajaba Europa por descifrar la historia en los restos de los antiguos monumentos: concibió la esperanza de llenar un gran vacío en sus estudios desde que supo que toda una ciudad estaba en pié bajo capas de ceniza y piedra pomez. Los mas insignificantes objetos recogidos en Pompeya, fueron materia de exámen; eruditos de todas las naciones acudieron al pié del Vesubio para medir y analizar en sus menores detalles, cada edificio que iba saliendo de su inmensa tumba. Conociase antes mucho la vida pública de los antiguos, poco la privada; fuese conociendo despues hasta su vida mas íntima. Existen á centenares en Pompeya casas aun enteras, donde cabe ver el modo cómo estaban distribuidas las familias, y las necesidades morales que satisfacian á la sombra de sus dioses lares.

Estaba sentada Pompeya en una colina desde la cual dominaba una vasta llanura y se extendia hasta el mar, que han hecho retroceder despues las erupciones del Vesubio. Ceñíanla y defendíanla dos murallas, puesta la una sobre la otra, armadas de torres y coronadas de almenas. Daban entrada á la ciudad ocho puertas principales; atravesábanla dos vías que conducian la una á Nola, y la otra á Nocera y Salerno. Estaban las calles todas empedradas de lava; casi todas, adornadas de fuentes de sencilla estructura. Eran las casas generalmente de dos, rara vez de tres pisos; tenían su frente revestido de un estuco duro, brillante, y con mucha frecuencia, de vivos colores. Terminaban muchas por una azotea que cubrian yerbas enredaderas, cuando no frondosas vides; presentaban en su parte inferior una ó mas entradas y algunas hermosos vestíbulos.

Tenían los antiguos por lo que permiten juzgar estas ruinas, la costumbre de pintar en lo exterior de sus casas el apellido de su familia, el de los magistrados bajo cuya salvaguardia se ponían, el símbolo de la profesion á que se dedicaban. Los colores del estuco, los de esos geroglíficos é inscripciones, la vegetacion de las azoteas, habían de dar á las calles un aspecto notable, sobre todo si se extendian estas, como era comun, entre monumentos de grandiosas líneas y magestuosas proporciones.

Abundaban en Pompeya los monumentos públicos. Además del Panteon, existían templos especiales dedicados á Júpiter, Mercurio, Venus é Isis. Había un vasto anfiteatro, un espacioso foro, teatros, termas, y una gran basilica. Consérvanse aun los mas en excelente estado; han desaparecido solo los techos de los pórticos, y sido truncadas las columnas.

Es hoy imponente Pompeya. Reinan en calles y plazas la soledad y el silencio. Reinan la soledad y el silencio en lo interior de las casas y los edificios. La catástrofe del año 79 no puede menos de asaltar la memoria del viajero. Se cree aun oír los desgarradores ayes de dolor de mil familias; sus acentos de desesperacion en medio de tinieblas, que no basta á disipar ni aun las lenguas de fuego que brotan del Vesubio. Los hijos no pueden salvar á sus padres, ni los padres á sus hijos. El heroísmo de Eneas es completamente estéril. La implacable mano del destino pesa sobre todas las frentes. Reunido ayer ese pueblo en el anfiteatro, cubria tal vez de aplausos al gladiador que, aun en los últimos instantes de su vida, procuraba cautivar por una bella muerte las simpatías de sus conciudadanos; hoy muere y ve morir sin que fortalezca su abatido espíritu un solo pensamiento.

Se ha de sentir sin fuerza el viajero para recorrer esa ciudad hoy desierta. Solo el amor á la ciencia y al arte puede irle distrayendo de tan penoso recuerdo. ¡Es tan magestuosa la arquitectura romana, sobre todo cuando le han dado su color los siglos, y está medio en ruinas por la mano de Dios ó de los hombres! Lleva siempre el sello de un gran pueblo: desaparecen á primera vista bajo la impresion de su grandiosidad sus muchas y muy graves faltas. Hasta los desiguales y mal tallados pedruscos de sus vías y sus calles hablan de la grandeza del pueblo romano. ¡Qué no nos han de decir sus suntuosos pórticos, los magníficos peristilos de sus templos y las soberbias graderías de piedra de sus teatros!

Ya sumido el viajero en la contemplacion de los monumentos, va evocando otros recuerdos que los del pueblo del 79. Ciceron tenia en Pompeya una de sus quintas. A Pompeya iba con preferencia á reparar sus fuerzas, quebrantadas por las luchas políticas. En Pompeya se consoló de la pérdida de su hija, que le inspiró

tan bellas reflexiones y conmovió tan hondamente su corazón de padre. En Pompeya fue visitado por Augusto César, que deseaba obtener su proteccion contra Antonio. La sombra del grande orador latino parece proyectarse en todas partes.

No está desenterrada aun su casa; mas sí la de su contemporáneo Salustio. Vivió tambien en Pompeya ese conciso y enérgico historiador de las guerras catilinarie y yugurtina. De la guerra catilinarie habia sido Ciceron uno de los principales héroes: buscaron el descanso bajo el cielo de una misma ciudad el héroe y su cronista.

Va la imaginacion poblando de sombras aquellos inhabitados monumentos. Espartaco pasó por Pompeya en busca de Cosinio á quien esperaba sorprender en el baño; Claudio permaneció en Pompeya hasta la muerte de su hijo Druso; la familia Arria ocupó en Pompeya desde el imperio de Augusto el *pagus Augustus Felix*, cuyo primer dueño y fundador fue Marco Arrio Diomedes.

Exáltase el viajero á la memoria de esos grandes hombres, y recorre con entusiasmo hasta lo interior de los edificios privados. Un vestíbulo, un atrio, una sala de audiencia, dos antesalas laterales, un pequeño templo, conocido entre los antiguos con el nombre de *lararium*, constituyen la parte anterior, y por decirlo así pública de esos edificios. Uno como corredor conduce á otro patio. Abrense bajo las galerías de este patio el comedor ó *triclinium*, el salon de conferencias, salas, gabinetes, dormitorios para esposos, hijos y libertos. Mas allá de este segundo atrio hay un jardín estenso: á un lado los baños. No es raro ver en el jardín pórticos y otros salones para las cenas del verano, y el canto y el baile. Ocupaba la familia la planta baja; los pisos superiores servían generalmente para guardar los víveres.

Estaban ricamente adornadas las mas de esas estancias. Estatuas y pinturas decoraban lo mismo los salones que las galerías de los atrios. Muebles delicadamente cincelados, objetos, ya de bronce, ya de marfil, ya de oro y plata, embellecian las habitaciones mas modestas. Era opulenta la ciudad de Pompeya, y las artes, aun las mecánicas, habían llegado á un grado de perfeccion que solo cabe apreciar viendo las preciosidades recogidas en esas mismas ruinas y custodiadas en los museos de Europa, principalmente en el de Nápoles.

Es Pompeya un monumento vivo de la civilizacion antigua: podría serlo aun mas si como se ha desenterrado la ciudad, se hubiese procurado conservarlas todas sus obras de arte.

Queda solo la ciudad al pié del Vesubio: ¿mas qué importa? Sube el viajero á lo alto del Odeon ó del teatro trágico, desde donde está tomada la exacta perspectiva que acompañamos, y recibe las mas grandes impresiones al contemplar esas vastas ruinas hoy poetizadas por el aura de los siglos y las brisas que murmurar dulcemente entre los ramajes de sus frondosas arboledas; al tender mas allá la vista y descubrir á la derecha el Vesubio y á la izquierda el pueblo de Torre dell'Annunziata sentado alegremente á orillas del Mediterráneo.

F. PI Y MARCAILL.

POESIA GALLEGA CONTEMPORANEA.

IV.

(CONCLUSION.)

Todas las *cántigas* como les llaman allí, se pueden reducir á dos clases, ó de sentimiento que son la mayoría, ó las picantes que están en menor número. Sentimos no poder presentar para que se conozca la índole de ellas, mas que las siguientes que recordamos en este momento.

Airiños, airiños, aires,
Airiños da miña terra,
Airiños, airiños, aires,
Adios que xa vou pra ela.

—Dame un beixiño!—non queiro?
—Dame un abrazo!—tampouco!
—Dame á morte miña vida
E dama pouquiño á pouco

Maruxiña donche os ollos?
Rézalle á Santa Lucía,
Que chos abra pó la noite
Que chos cerre pó lo dia.

Santo que estas no caizo
Vota castañas abaixo
Vota d' esas maduriñas
Qu' eu as verdes non me baixo.

No queremos seguir; los cantares se agolpan á nuestra memoria, pero todos ellos traen ese sello de dulzura y ternura que distingue los de aquellas poéticas comarcas. ¿Cómo no ser así?... la mujer allí, es la que compone en las largas veladas, mientras se dedica á las faenas domésticas, cuando á la hora de anochecer, se retira á su choza solitaria, cantando por aquellos senderos cubiertos de hojas y de silencio, mientras las

sombras envuelven el valle y van ganando las cumbres que apenas tiene el sol con su última luz; la mujer es, repetimos, la que compone y canta esos sencillos versos, que se pierden como flores silvestres, en medio de aquellas soledades, en donde nacen, dan su perfume, y mueren ignorados.

Además, la vida patriarcal, la vida pasada lejos de las ciudades, en caseríos apartados, en medio de una hermosa naturaleza y bajo un cielo mas hermoso todavía, son costumbres bastante puras, para hacer sentir al corazón con las mas sencillas emociones, no podían dar otra poesía popular que la que se advierte en aquellos solitarios lugares.

¡Ah! los que aman, por su agreste sencillez, por la inocencia que se oculta bajo sus pobres formas, muchas veces hasta por sus giros desenvueltos y sus palabras no muy bien sonantes, los que aman, repito, como yo les amo esos dulces cantares, que son á la poesía, lo que al aire que rueda sobre los plátanos y las olas, los mil perfumes que recoge á su paso nos agradecerán que no la hayamos echado en olvido, que hayamos querido dar su puesto en donde es necesario que lo vaya teniendo, que hayamos echado á la deidad desconocida una mirada de amor, y arrojado al pié de ella las primeras ofrendas.

V.

A GAITA GALLEGA.

POR DON JUAN MANUEL PINTOS.

Hace algun tiempo ya, que por primera vez se publicó en dialecto gallego un libro de poesías, destinado mas que á otra cosa á dar una muestra de la índole y carácter de aquel dialecto, á extender el gusto hacia su estudio y á probar que aunque se halla hoy algun tanto degenerado, olvidado, no por eso se halla menos á propósito para espresar todas las ideas, todos los sentimientos, todas las inspiraciones, del mismo modo que cualquier otro idioma literario.

No se conservaba en Galicia mas que los recuerdos de los antiguos trovadores, el padre Sarmiento, tiene aun hoy, inéditas sus mil doscientas coplas de que hemos hablado ya, nadie osaba mas que mostrar pequeñas composiciones que su mismo autor empezaba por creerlas de escaso mérito, composiciones que se escribían como por pasatiempo, como un tributo rendido á aquellas personas que tiene apego á las cosas de aquel país: nadie habia publicado un libro, nadie creía que se podia aspirar al título de poeta escribiendo en aquel dialecto en que, habia escrito don Alfonso el Sabio, en aquel dialecto semejante, hermano á aquella lengua en que cantó las grandezas de Portugal, el mas grande de sus poetas, oriundo de nuestras montañas, el célebre Luis de Camoens, que tiene hoy su puesto al lado de Virgilio, de Dante y del Tasso.

Pero el señor de Pintos, persona entregada al estudio de nuestro dialecto, comprendió la necesidad de dar el primer paso, y publicó su libro.

Parece imposible, pero es la verdad, que de un dialecto, tan dulce, tan rico en armonía y en voces, no exista no decimos, gramática, sino un mal diccionario que pudiese suplir aun cuando fuese de un modo imperfecto, á los viajes, á los estudios hechos con pérdida de tiempo, á que tiene que entregarse toda persona amante de nuestra lengua provincial, pues nada mas cierto que esta varía á cada paso, como los trajes, como las costumbres de una á otra comarca.

Comprendiendo el autor de *la Gaita Gallega*, la necesidad de dar cierto carácter uniforme á los estudios hechos hasta ahora aisladamente, comprendiendo que ya es tiempo que saliendo de nuestra proverbial apatía, se vaya publicando todo lo que á sus solas trabaja cada uno sin esperanzas de poder concluir su obra, para que llegue tiempo en que pueda alguno reunir todos esos materiales esparcidos y hacer entonces lo que todos desearon con desgraciada fortuna, ha publicado ese libro en que con el ejemplo, dando reglas, envolviéndolas con las galas de la poesía, es el primero que abre la senda, de una manera digna, al estudio y cultivo de nuestro hermoso dialecto.

Como nosotros no juzgamos aquí mas que al poeta, vamos á presentarle tal como es, no sin olvidar antes que su libro sin mas pretensiones que el de dar á conocer el significado de muchas palabras (en riqueza de voces no tiene rival entre todos los que se dedican á escribir en gallego), y de muchos giros, á ridiculizar los que desdeñan el lenguaje de sus abuelos, y que oyeron desde la cuna, y á probar finalmente que este es capaz de adaptarse no solo á toda inspiracion, sino tambien á todas las formas y combinaciones métricas.

Baste, para saber el poco aprecio que él daba á su libro bajo el aspecto literario, tener en cuenta que lo ha publicado bajo el anónimo, como fruto de los momentos de ocio que sus ocupaciones le dejan libre, nunca como la obra de un literato entregado por completo al estudio. No era justo sin embargo esa especie de horfandad en que le habia dejado al echarle al mundo, porque si bien es cierto que lo árido del asunto, no daba mucho campo á la imaginacion del poeta, tambien lo es en que aquellos cantos, como sucede en el que dedica á Pontevedra, en que la inspiracion y el sentimiento, tienen ancho campo por donde extenderse, el señor

Antes se coloca á la altura de un verdadero poeta.

A la vista tenemos una hermosa composicion titulada *Antonio é Margarida*, en que no sabemos qué admirar mas, si lo fiel de la descripcion, si su sentimiento, si su dulce tristeza, si lo suaves y hermosos versos en que encierra tantos tesoros de poesia.

Es una hermosa pintura de la vida del campo, es una poesia en que se ve con su mas dulce sello de melancolia, el apego que el gallego profesa al pedazo de tierra en que ha nacido, es la defensa de la nostalgia que llevamos con nosotros do quiera que vamos, y que con tan poca justicia han pretendido ridiculizar los mismos que la admiran en los suizos, pues es sabido que estos buenos montañeses tienen como los gallegos tal cariño á su patria, que estaba prohibido en los batallones en que servian en el extranjero, tocar el *ranz de las vacas*, aire de sus montañas, que trayéndoles su recuerdo á la memoria les hacia morir de esa enfermedad ridiculizada en los gallegos, admirada en los suizos.

Es una égloga que empieza de este modo:

Antonio. Non podo ja mais tempo Margarida
Sufrir tamañas penas,
E cállaseme á sangre co á detida
En tod'as miñas venas.
Fuxamos miña vida d' este outeiro
Fuxamos sin tardar
Non podo ver diante ese mosteiro
Co as pedras á abalar.

Margarida. Por estas cubizosas cotorelas
Tan cheas de verdor
Facendas niñas van, é eu con elas
Afago ó meu dolor.

Antonio. Ali naquela terra de Mourente
Hay pastos muy vizosos
Ay! vente Margarida que hay enchente
De sitios deleitosos.
Ali dendes que se abre á luz do dia
Os ollos se reúen
De terra, mar é ceo co alegría
Que todos á desean.

Antonio sigue ponderando á Margarida las bellezas del país ó donde quiere marchar con ella, que responde á sus palabras diciendo que aquel pedazo de tierra que él quiere que abandone, guarda las cenizas de sus padres y de su hijo. Antonio le enseña las ruinas del convento cercano y le pregunta:

Non fire á tua alma, á soledade
O triste acabamento
Que leva no beiral da eternidade
A morte do convento?

y despues de pintar el triste estado en que se halla aquel despues de decirle

Aprobe chouza, ó paso muy dourado
O gran é-mai la palla
Cando mais un esta desprocatado
Repara que é borralla.

Concluye:

Vente pois miña joya, vente agiña,
Vendamos ó que temos
Que ali en Mourente veigas é casiña
Barato mercaremos.

Margarida, no tiene que contestar, es cierto todo eso dice, es cierto que esas ruinas despedazan mi corazon con sus recuerdos.

Mas eu non sei que ten esta terriña
Este doce terron,
Que no hay pracer ningun prá alma niña
Imposta de aquí, non.

Aquí nacin, é quero á niña cova
Ter unda á de meus páis
Non hay tesoro algun que me remova
De aquí fora jamais.

Toda esta composicion está velada por una dulce melancolia; hay tanta verdad, tanto sentimiento, que no sabemos qué decir de ella que no se crea exagerado. El gran conocimiento que su autor demuestra en el dialecto en que escribe, solo es comparable á la frescura y á la naturalidad de la descripcion, y á lo fluido del verso en que le quisiéramos sin embargo hallar mas uniforme. Véase como ejemplo de esa suave descripcion, en que se muestra á la altura de los mejores poetas, estos hermosísimos versos, tan ricos en armonia como en colorido.

Y agora que ja ó sol, se vai decendo
Seguindo á sua sorte
Iremos noso gando recollendo
E abrigando na córte.

Antonio. Que cheas van as vacas, é que dondo
¡O ubre lles pendura!
Que rico leite dan, é que de abondo
¡Qué gordo é de brancura!

Quien escribe de tal manera es poeta; el dialecto que tanto se presta, el dialecto que tiene tal dulzura, que se adapta á todos los giros, que está, á pesar de hallarse hoy olvidado, trabajado como idioma literario, puede creerse muy bien que los trovadores de los siglos medios escribiesen en él, cantasen y tomasen á su vez no solo el ritmo, sino el pensamiento, puesto que como hemos dicho ya, estaba el gallego completamente formado cuando el castellano empezaba á ser todavía.

VI.

DON ALBERTO CAMINO.

De todos los poetas que se dedicaron á escribir en gallego, ninguno tan conocido, ninguno tan admirado fuera de su patria, como el autor de *O desconsolo*. Esta sola poesia bastó para darle un puesto en el parnaso español, esta poesia fue la primera que hizo, que los no conocedores de este dialecto, pero que no estaban contaminados con las groseras ideas que acerca de Galicia se tienen fuera de ella, se sorprendiesen al ver la dulzura de que era capaz aquella lengua tan ridiculizada, como no conocida. *O Desconsolo* es una hermosa poesia, rica en sentimiento, en ternura y en colorido, tanto que le valió el ser comparada con las mejores de Garcilaso, y estamos seguros para que sean siempre verdaderas aquellas palabras, ninguno es profeta en su patria, que sus versos se saben mas y se citan mas á menudo fuera de Galicia que en este antiguo reino. Es demasiado conocida para que nos detengamos en su análisis, ó para que la insertemos á continuacion. El señor Camino ha tenido la fortuna de colocarse á la cabeza de todos los poetas provinciales, no por lo numeroso de sus composiciones, sino por la bondad literaria que encierran las pocas que ha publicado. Nada conocemos de este autor despues de la poesia citada, que pueda ponerse á su lado como la que titula *Nai chorosa*; es el mismo estro, que el de *O Desconsolo*, es la misma ternura, es la misma fidelidad en la pintura, tal vez mas en esta, porque el dolor de una madre, es mucho mas dificil de pintar, que el de un amante. El dolor de una madre, es un dolor mudo, eterno, dolor que no tiene con quien ser comparado en el mundo. Oigamos al poeta, él adivinó ese dolor, él lo describe, no el dolor desesperado, sino el que casi locura, no puede creer que la muerte ha visitado su casa, y que su hijo, aquel hijo de sus entrañas, es el que voló al cielo al lado de los ángeles sus hermanos. Comparad esta poesia con otra cualquiera, escrita tambien en cualquier idioma, que espese la misma idea, y estamos seguros que si admirais al poeta, admirareis tambien el idioma que tan bien se presta á esas palabras, en que se encierra un exceso de cariño y de amor.

NAI CHOROSA.

¡Que noite aquela en que eu á vin xemindo!
Que noite aquela en que eu á vin chorar
á triste nai d' un picariño lindo
que á horrible morte veuno á gadañar.

No seu regaso á morta criatura
como á Virxen d' Angustia á Jesus ten:
asi desia, chea d' amargura
¡Ay meu filliño! eu morrerei tamen.....

¡Eu morrerei! porque vivir non podo
sin ver teos claros ollos alumar.....
sin verte rir, que meu plaser foi todo
ó aquel teu tan grasioso rebuldar.

Xa non ¡nanai! ti me dirás meu neno
nin nestes probes peitos ti porás,
meu coitadiño, ó labio tan pequeno,
nin as mausiñas neles pousarás.

¿A quen agora, á quen miña prendaña.....
á quen miña xoiña llos darei?

¡Morra eu! ¡morra eu! ¡seque á fontaña
en que veveu este anxel qu' adorei!

¡Adios meu corazon! ¡Adios miniño!
¡lus dos meus ollos, meu garrido amor!

¡Adios xa para sempre meu filliño!
¡Vas para á cova! deixasme... ¡ay dolor!

¿Deixas á tua nai? non non á deixes.....
queda con ela, queda... ¿Que é quedar
si non te vas-meu ben? Non mais m' aqueixes.

¿Ti dormes? ¿ne verdá? Voute arrolar.
¡Eh, eh, miniño, eh... durme ruliño!

¿Pero fame teras? Toma d' aqui.....
¡Que frios tes os labios queridiño!

¡Vallate ó ceo! ¿por qué estan asi?
E has maus... é todo... é tí non tomas... oite

¿Non me dises nanai? ¿Por qué razon?
¡Louca son! ¡ti morriches! ¡negra noite!

¡Ay meu filliño para sempre adios!

Es imposible mayor sentimiento, mayor ternura, mayor verdad en la descripcion, y es imposible tambien que ningun idioma se preste á un exceso tal de cariño, que pueda encerrar en sus palabras mas dulces demostraciones de amor. Creemos que ni el mismo portugués alcanza á tanto.

Aquí terminariamos las escasas líneas que dedicamos á este poeta, sino quisiéramos dar á conocer los siguientes versos con que concluye su hermosa composicion A

delorosa. Los copiamos porque ademas de su mérito intrínseco, tiene el de mostrar cómo puede el dialecto gallego ceñirse á todos los asuntos, y ser tan fluido como cualquiera otra lengua.

Aquí calara María
E as triste crus se abrasaba;
E tanto á probe choraba,
Que en bagoas se desfacía.

Xesús na poidera oir
Xesús na poidera ver;
Que aforsa do padecer
Lle privara de sentir.

Sigueu á Virgen chorando
Sigueu Xesús padecendo
Sigueu á madre morrendo,
E seu fillo agonisando.

Mais, por fin, nela cravou
Os ollos con amargura,
¡E resignado escramou!
«¡Madre todo se acabau!!!»
E aquela pombiña pura
¡No chan sin alento dou!

MANUEL MURGUÍA.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

ANECDOTAS.

Cierto dia se hablaba en una conversacion de la metempsicosis. Uno de los presentes queriendo pasar plaza de gracioso, dijo que sin ningun esfuerzo creia él en la transmigracion de las almas, que él mismo se acordaba de haber sido una vez el *asno de oro* de Apuleyo.—Verdaderamente le contestó una señora—sois afortunado en cuanto cabe, pues en tantos siglos no habeis perdido mas que el dorado.

Un alquimista que se alababa de haber descubierto el gran secreto de hacer el oro, pedia por él una recompensa al pontífice Leon X. Este le hizo el presente de una larga bolsa vacía diciéndole:—Una vez que ya sabeis hacer el oro, no deseareis mas que una bolsa en que guardarlo.

Dos cardenales criticaban á Rafael y le reprendian haber hecho en su cuadro demasiado colorados los rostros de san Pedro y san Pablo.—Eminencias, les contestó el pintor, yo les he pintado tales como están ahora en el paraíso; están demasiado colorados es verdad, pero es por la vergüenza que sienten de ver la iglesia de Jesucristo tan mal gobernada.

El Sr. de Calonne, ministro de Estado de Francia en tiempo de Luis XVI, creyó que se hallaba escondido un ladrón en su estancia. Despues de haber llamado á los criados y practicado las mas infructuosas pesquisas, uno de ellos, volviéndose al ministro le dijo ingenuamente.—Señor, aseguro á V. E. que aquí no hay ningun ladrón; no hay nadie mas que V. E.

Una buena vieja, despues de haber orado ante la imagen de san Miguel, cogió dos velas de cera y encendió una delante del arcángel y la otra cerca del diablo que estaba á los piés de aquel. El cura de la aldea, que lo vió, le gritó al tiempo de pasar.—Eh! qué haces tú? esta loca? una vela al demonio?—No, no soy loca señor cura, me han dicho siempre, que es una cosa prudente tener amigos para todo; no sabe uno adonde puede ir.

Enseñaron un dia á Bonaparte la condecoracion de la órden de la corona de Westfalia, nuevamente fundada por su hermano Gerónimo rey de aquel país y al ver en ella el *leon de Cassel*, el *caballo Brunswick* y otros emblemas exclamó entonces Bonaparte.—Cuántos animales hay en esta órden!....

Un soldado suizo estaba de noche de centinela cerca de una iglesia de una ciudad fuerte. Era en tiempo de guerra y los hospitales y hasta los edificios de los particulares estaban llenos de heridos y tuvieron por lo mismo los eclesiásticos que llevar muchas veces el viático á los moribundos. La primera vez cuando salió de la iglesia el cura, el suizo de centinela le gritó segun el uso—Quién vive?—El Santísimo! le respondieron.—Está bien, pase; es Dios padre. La segunda vez volvió á preguntar:—Quién vive?—El Santísimo!—Está bien, pase; es Dios hijo. A la tercera, dieron la misma respuesta á la pregunta de costumbre, y él murmuró—Está bien, pase; es Dios Espíritu Santo. Pero á la cuarta vez, creyendo el suizo que se querian burlar de él, gritó: *Tarteifel!* no hay cuatro santísimos! y disparó contra el sacerdote.

REVISTA DE LA QUINCENA.

El carnaval ha terminado, pero aun nos quedan sus ecos, y lo que es peor sus resabios. Todavía resuenan en nuestros oidos los acentos de la música, los gritos de la multitud disfrazada ó sin disfraz, el sonido de las botellas al destaparse, las voces destempladas de la orgía. Todavía nos parece

estar viendo las monedas falsas que en ciertos bailes públicos se intentan pasar por buenas; el azogue en el ambigü produciendo los mismos efectos que el carmin y el albayalde en los salones; los prodigios de la luz artificial combinándose con los vapores del alcohol. Cuatro cosas, dice el Código de Manú, deben tomarse vengan de donde vinieren, las mujeres, la moneda, las piedras preciosas y los buenos consejos. En cuanto á las dos primeras, hay ocasiones en que no deben tomarse sin previo exámen y en ayunas. No quiere decir esto que el autor de estas líneas haya participado de los saraos ni de las cenas: habla solamente por referencia; por lo que ha oído á testigos oculares ó que se decían tales, y por lo que su imaginación, escasa en estas como en otras materias le sugiere. Su imaginación retiene todavía el recuerdo de escenas que no ha visto, de botellas que no ha probado, de bellezas seductoras que no le han seducido, por la sencilla razon de que no se ha puesto nunca al alcance de su influencia ni á tiro de sus gracias. Seméjante en esto á muchos autores de viajes que no han salido de su gabinete, refiere lo que le han contado, no siempre como se lo han contado, y añadiendo de su cosecha lo que le parece que debe haber sucedido.

Los tres dias de carnaval, y esto es auténtico, estuvieron lluviosos; pero los que en tales dias se echan á la calle (frase moderna que aquí no tiene mal sentido) con ánimo de recrearse, no se arredran por la inclemencia del tiempo. Ellos han resuelto divertirse, y se divierten á pesar de todo; lo cual prueba (reflexion filosófica que viene aquí como de molde) que los placeres consisten casi siempre en la voluntad conque se toman. Hubo, pues, concurrencia en los sitios de costumbre, y aun algunos disfraces llamaron la atención. Entre ellos la crónica cita una máscara provista de un miriñaque monstruo, debajo del cual, podían caber una mamá y tres niñas al uso, que es cuanta ponderación puede hacerse de sus dimensiones. Dicen que se distinguió tambien, mas por la inscripción que llevaba á la espalda que por otra cosa, una mujer cubierta de andrajos, flaca y macilenta que queria representar á la España y pedia limosna por amor de Dios. Si esto no es un cuento, parécenos que la invención tiene poca gracia, y sobre todo poca verdad. Cabalmente nunca ha sido la España mas rica que ahora; y si no, que se vea lo que gastamos hoy y el lujo que tenemos, y lo que gastábamos en los tiempos antiguos. Se dirá que entonces teníamos mucho aunque gastásemos poco; pero á eso responderemos que los tesoros á los cuales nunca les da el sol, no son tesoros.

Digalo el famoso de la iglesia de Monserrat, depositado allí, segun cuentan, por disposición del estinguido tribunal del Santo Oficio, en la época de su extincion. Uno de los dependientes de aquellas oficinas ha estado por espacio de años y años creyendo de buena fe que allí, bajo tierra, como si dijéramos bajo los fundamentos mismos de la iglesia de Monserrat, estaba el tesoro que él vió llevar, que él ayudó á llevar en otro tiempo. ¡Ilusion! Cuando hallándose de edad muy avanzada ha querido descubrir su secreto, todas las indagaciones que se han hecho han sido infructuosas para hallar el dinero escondido. Aviso á los que guardan sus caudales en cavernas y subterráneos; ya hace un siglo, ó muy cerca, que don Ramon de la Cruz habia dicho en uno de sus sainetes:

Esto es que se ha trocado
Tanto Madrid por dentro y por afuera,
Que lo que por afuera y por adentro
Antes fue porquería, ya es limpieza.

El tesoro de Monserrat se va pareciendo al de Selim. Se encontró la lápida que decia: *por aquí se lim...* y se creyó que era una indicacion para el hallazgo; pero despues se tropezó con otra que ajustaba perfectamente á la primera y añadía: *pian los pozos de la villa*. Algun pozo debe de haber por los alrededores del templo de Monserrat.



MARTE, VENUS Y EL AMOR.—GRUPO ENCONTRADO EN LOS ALREDEDORES DE LA VÍRGEN DEL PUERTO.

Esto nos lleva como por los cabellos á hablar de antigüedades y monumentos arquitectónicos. Ha venido la comision enviada el mes pasado á la provincia de Alicante, donde ha visitado los castillos y ruinas mas notables, de que se hará una descripcion concienzuda en la obra que bajo la proteccion del gobierno se está publicando: primera noticia.

Segunda: parece que por una reciente real orden se ha mandado que los ayuntamientos no procedan á la demolicion, restauracion, ni reparacion de ningun edificio que pueda considerarse como monumental, sin remitir un expediente al ministerio de Obras públicas con los informes necesarios de academias y personas facultativas. Que no se pueda demoler un edificio monumental sin formar expediente, lo comprendemos y lo aplaudimos. La formacion de expediente es sin duda alguna la barrera mas insuperable que puede oponerse á la destruccion de un monumento, visto que hay expedientes que duran mas que los monumentos mismos, y que son ya ellos de por sí monumentos eternos. Comprendemos tambien que la restauracion no se haga sino por personas inteligentes; pero que no se pueda salvar de la ruina un edificio ó fabrica sin consultar á la Academia de Bellas Artes, nos parece algo duro en interés de los monumentos mismos.

Y hablando de monumentos, nada mas oportuno que dar aquí la noticia de la ereccion de una estátua de Cristóbal Colon, estátua que se va á colocar ¿donde? ¿En la corte de España á la cual dió un nuevo mundo? ¿En el convento de la Rabida á donde llegó por primera vez y fue acogido por el ilustrado fray Juan Perez de Marchena? ¿En el Puerto de Palos de donde salieron las primeras carabelas? No, sino en Génova, y en la nueva bolsa. Despues de todo, Colon habia nacido en Génova, y allá los genoveses son los que tienen obligacion de honrarlo.

Por ahora nosotros elevaremos una estátua al Sr. D. Juan Alvarez y Mendizal, cuya estátua se está hace tiempo en el Retiro sin decir esta boca es mia, hasta que se le designe lugar donde colocarse. Nosotros creiamos que el punto estaba ya resuelto que fuese la plaza del Progreso; pero pues que se anuncia que la comision se ha reunido, despues de haber obtenido permiso del gobierno, para elegir el local mas conveniente, es claro que aun no se habia acordado nada sobre el particular.

Como anunciamos en nuestra revista anterior, se han puesto al fin en escena en el teatro de Oriente los *Hugonotes*. Veinte y dos años hacia que el público europeo habia oido por primera vez esta obra maestra de Meyerbeer,

cuando gracias al Sr. Uries la hemos visto en España, magüer que un tanto mutilada, segun dicen. Son de elogiar el lujo de las decoraciones y de la *mise en scene*. La Medorri que hacia el papel difficilísimo de Valentina, fue aplaudida, porque no pudo hacerlo mejor. Pero no es esto decir que dejara satisfechos á los inteligentes. La Pareppa estuvo magestuosa y simpática en el papel de Margarita de Navarra: censúranla algunos por que no saliera á caballo en la escena que representa el *Pré-aux-clercs*, adonde no parecia natural que la reina de Navarra fuese á pié desde París. Esta censura en todo caso se dirigirá á la empresa, que no ha puesto á su disposicion siquiera una hacanea manchega. En cuanto á Bettini, gustó en la romanza de salida y en el duo final del acto cuarto.

En este teatro debe presentarse en breve por primera vez la *Signora Favelli*, que ha elegido para su estreno la *Traviata*. Esta señora Favelli es francesa y se llama Andrea Favel; mas parece que son tantos los progresos que ha hecho en el canto italiano y en la italiana *favella*, que no puede *favellare il suo nome senza agiungere un li*. Esto promete maravillas.

Ademas de esta novedad se anuncia, aunque para época indeterminada, otra estupenda: la llegada de un compositor chino, acompañado de cuarenta músicos acostumbrados al *gong* y al *tam tam*. Estos instrumentos combinados y dirigidos por el eminente compositor Ling-Lung-Kao-Tsi producirán un efecto sorprendente.

En la *Zarzuela* sigue deponiéndose el *Planeta Venus* que tanto ha despertado la curiosidad del público. Todos los periódicos y los muchos aficionados han nombrado ya sus representantes y observadores para ir á estudiar el paso de Venus por la zarzuela. Nosotros, no obstante que esperamos que ese planeta ha de detenerse bastante tiempo en el horizonte de la calle de Jovellanos, pensamos asistir armados de nuestro telescopio teatral para examinarlo desde el primer dia de su aparicion. En este teatro se ha presentado el Sr. Sanz que ha sido perfectamente recibido, y para la próxima temporada se cuenta ya con Obregon.

En *Novedades* se ha puesto en escena con gran propiedad el drama del Sr. Hartzenbusch *Los amantes de Teruel*. El autor fue llamado á las tablas, y Valero y la Rodriguez aplaudidos. Valero estuvo bien en las escenas fuertes: en las tiernas era natural que dejase que desear.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

Geroglífico.



SOLUCION DEL ANTERIOR.

learo tendió sus alas y en medio del mar cayó.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG.
EDITORES. MADRID: PRINGIPE. 4. 1878.